

Arzob.

do de Valladolid

Fog. II. Fogete 1<sup>o</sup>

~~p. 22~~

854

Carta pastoral

del Excmo é Illmo Sr. D. Berito Sans y Borés

en la Cuaresma de 1889.

22.

# EXHORTACION PASTORAL

CON MOTIVO

## DE LA SANTA CUARESMA.



NOS EL DR. D. BENITO SANZ Y FORES

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE  
APOSTÓLICA ARZOBISPO DE VALLADOLID, PRIOR  
Y SEÑOR DE JUNQUERA DE AMBÍA, DEL CONSE-  
JO DE S. M., ETC., ETC.

Al Venerable Dean y Cabildo Metropolitano,  
Párrocos y demás Clero, Religiosas, y fieles to-  
dos de la Archidiócesis, salud y gracia de Nues-  
tro Señor Jesucristo.

*Renovamini spiritu men-  
tis vestrae (Gohes. IV. 20.)  
In novitate vitae ambule-  
mus (Rom. VI. 4.)*

Venerables hermanos, y amados hijos

En todo tiempo, como de sí mismo  
decía el Apóstol S. Pablo (1), tene-  
mos obligación de evangelizar, esto  
es, de enseñaros doctrina de verdad,  
y daros consejos saludables para or-  
denar vuestra vida al fin último; pero  
es mucho más apremiante esta gra-  
vísima obligación al llegar el periodo  
de la Santa Cuaresma, instituida

para que con la penitencia se reparen  
las quiebras sufridas durante el año  
en la vida espiritual. Tiempo es este  
en el cual, aun los que viven en peli-  
grosa tibieza y en reprobada apatía,  
si no perdieron del todo la fe, se ha-  
llan más dispuestos á entrar en sí  
mismos y enmendar su vida, respon-  
diendo al llamamiento de nuestro  
buen Dios, que siendo como es, pa-  
dre de misericordia, y Dios de toda  
consolacion (1), rico en piedades para  
los que le invocan y le temen (2), está  
á la puerta del corazon y golpea (3)  
con la aldaba de la predicacion de la  
palabra divina, y con el remordi-  
miento que oyéndola se aviva por el  
desórden de los dias que pasaron.  
En este tiempo, pues, más que nunca,  
como embajadores de Cristo, y como  
que Dios os amonesta por nosotros,  
os rogamus por Cristo que os recon-  
cilieis con Dios (4).

(1) 2. Cor. I. 3.

(2) Rom. X. 12.

(3) Apoc. III. 20.

(4) 2. Cor. V. 20.

(1) 1. Cor. IX. 16.

UVA. BHSC LEG 11-1 n°085



HTCA

U/Bc LEG 11-1 n°854



1>0 0 0 0 2 9 5 3 0 0

Al recogernos en la presencia de Dios para implorar sus auxilios, suplicándole nos inspirase lo que en cumplimiento de este deber hubiéramos de deciros, amadísimos en el Señor, recordamos que al hacerlo en el año anterior, os trasmitimos las impresiones que experimentamos, y las reflexiones que surgían espontáneamente en nuestra mente al presenciarse en Roma el magnífico espectáculo de la fe y la caridad de los fieles hijos de la Iglesia allí reunidos, y de los que del uno al otro confín de la tierra enviaron sus dones al Anciano Pontífice, que celebraba el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal.

Os decíamos entonces que esas admirables demostraciones de fe y de amor enlazadas con la suprema glorificación de los Santos en aquellos solemnes días canonizados, eran un consuelo, una esperanza y un estímulo; y os exhortábamos en consecuencia á manteneros firmes en la fe, rechazando toda doctrina de error opuesto á ella, y á tomarla, como aquellos Santos, por regla constante de vuestra vida, porque solo es viva y produce sus frutos de salvación cuando á sus verdades se conforma nuestra conducta pública y privada, y no la contradicen nuestras obras (1).

Hoy con júbilo que llena el corazón os decimos que aquellas palabras nuestras tienen confirmación plenísima, y la más autorizada que es posible en la tierra, en la última Encíclica del venerando Pontífice Leon XIII, cuyo jubileo sacerdotal dió ocasión á

ellas. Os pedimos, pues, muy de corazón que hijos fieles suyos, como os preciais de serlo, leáis, fijando seriamente vuestra atención, esa hermosísima Encíclica, en la cual, como dice el santo Pontífice, «á la manera que habla un padre amantísimo, así quiere hablar á todos los cristianos, y en lenguaje familiar exhortarlos á ordenar sus vidas santamente.»

Este es el fin que se propone, y no otro es el nuestro al encomendaros tanto á la lectura de esa preciosa carta del Padre común; porque esta es la voluntad de Dios, nuestra santificación (1) que, como nos enseña S. Pablo, es el fruto sazonado que hemos de dar en la tierra para que consigamos el fin, que es la vida eterna (2).

Hablando el Padre, escuchemos todos sus hijos, como nos dice Dios por boca del sábio: oid, hijos, los documentos del padre, y estad atentos para aprender la prudencia (3). Hijos, escuchad el juicio, es decir, los avisos y preceptos del padre, y haced de manera que seáis salvos (4).

Congratúlase y bendice á Dios primeramente, porque en todas las manifestaciones de amor que recibió en las fiestas jubilaires ha visto y estimado «la expresión de las voluntades» y el testimonio libérrimo que se ha «dado de constancia en la fe,» y por ello se complace en expresar su agradecimiento. Viendo, pues, que «Dios, cuya providencia es infinita,» «despierta la fe en medio de tantas

(1) S. Gregor. Hom. 29. in Evang.

(1) 1.º Thess. IV. 3.

(2) Rom. VI. 22.

(3) Prov. IV. 1.

(4) Eccli. III. 2.

«erradas opiniones, y ofrece una oca-  
»sion de volver á llamar la atencion  
»del pueblo cristiano á los efectos de  
»una vida mejor,» desea y procura  
«que, pues los principios están bien  
»puestos, sea tambien bueno lo que  
»á ellos siga, poniendo todo empeño  
»en que se entiendan los designios  
»de Dios y se cumplan en las obras,»  
haciendo «adelantar á las almas en  
»el camino de la salvacion, que es el  
»único fruto que debemos desear,  
»porque es tambien el único que per-  
»pétuamente ha de durar.»

Cuál es amados hijos, el medio  
adecuado para lograr este delicioso  
fruto? Volver á la vida cristiana de  
que por desgracia se ha separado  
una gran parte de los hombres. Es  
un hecho tristísimo. Muchísimos se  
llaman cristianos, y se les puede  
aplicar la palabra del Apocalipsis:  
«tienes nombre de vivo y estás muer-  
to» (1). Se contentan con decir «yo  
creo en Dios, yo tengo fe,» y no  
piensan lo que dice el Apóstol San-  
tiago: así como el cuerpo sin el es-  
píritu es muerto, así tambien la fe  
sin las obras es muerta (2). ¿Que  
aprovechará, hermanos míos, á uno  
que dice que tiene fe, si no tiene  
obras? ¿Por ventura podrá la fe sal-  
varle? (3). Tambien los demonios  
creen que hay un Dios, y es solo  
para terror y tormento eterno (4).  
Muchos dicen que conocen á Dios,  
pero le niegan con sus hechos, sien-  
do abominables y rebeldes, y repro-  
bados para toda obra buena (5).

- (1) Apoc. III. 1.
- (2) Jacob. II. 26.
- (3) Id. id. 14.
- (4) Id. id. 19.
- (5) Tit. I. 16.

El cristiano es hijo de Dios por el  
bautismo; pero solo son hijos en ver-  
dad, dice S. Pablo, los que son movi-  
dos por el espíritu de Dios (1). El  
cristiano es discípulo, es miembro de  
Cristo; pero el mismo Apóstol nos  
afirma que quien no tiene el espíritu  
de Cristo, este tal no es de él (2); y el  
mismo Hijo de Dios y Señor nuestro  
Jesucristo dice que no reconocerá por  
suyos delante del Padre y de sus  
ángeles á los que no le confiesen de  
palabra y de obra en presencia de los  
hombres (3), avergonzándose de pro-  
fesar su doctrina (4); y que no entra-  
rán en el reino de los cielos los que  
le dicen, Señor, Señor, sino los que  
hacen la voluntad del Padre celes-  
tial (5).

Por ello al abrimos su corazon  
nuestro Smo. Padre el Papa, em-  
pieza su exhortacion diciendo que  
«para merecer el nombre de cristia-  
»nos, además de profesar la fe, son  
»de todo punto necesarias las reglas  
»y ejercicio de las virtudes cristianas,  
»de las cuales depende no solamente  
»la felicidad sempiterna de las almas,  
»sino tambien la prosperidad genuina  
»y la tranquilidad sólida de la vida  
»y sociedad humana.» Es necesario  
creer con el corazon para justificar-  
nos, y hacer confesion exterior de  
nuestra fe (6) obrando por la cari-  
dad (7), esto es, poniendo nuestro  
corazon y nuestro amor en lo que la  
fe nos muestra digno de ser amado,

- (1) Rom. VIII. 14.
- (2) Id. id. 9.
- (3) Matth. X. 33.
- (4) Luc. IX. 23.
- (5) Matth. VII. 21.
- (6) Rom. X. 10.
- (7) Gal. V. 6.

y caminando con el espíritu (1) para hacer cierta con nuestras buenas obras nuestra eleccion y vocacion á la herencia de hijos de Dios (2). Es necesario, en una palabra, hacernos conformes á nuestro Señor Jesucristo (3), y vestirnos de él sin hacer caso de la carne en sus deseos (4), no conformándonos con este siglo, sino reformándonos en novedad de nuestro espíritu para experimentar cuál es la voluntad de Dios buena y agradable y perfecta (5).

Porque esto no se hace, son tantas «las calamidades que han surgido »y atacado á la humana sociedad.» «Si se examina el modo en que por »la mayor parte se pasa la vida, nadie habrá que no vea que se alejan grandemente de los preceptos »evangélicos las costumbres públicas »y privadas. Cuádrale demasiado »bien á esta edad aquella sentencia »del Apóstol S. Juan. *Todo lo que »hay en el mundo es concupiscencia »de carne, y concupiscencia de ojos, »y soberbia de vida*» (6).

Este era el espíritu del mundo pagano, que no ofrecía al hombre otra perspectiva que la tierra, y los goces del sentido y cuanto halaga á la vanidad y al orgullo; de aquí la corrupcion el desorden y los males todos, que describe el Apóstol S. Pablo hablando de la culta Roma: «Como no dieron prueba de que conociesen á Dios, así Dios los entregó á un réprobo sentido para que hiciesen co-

sas que no convienen. Llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia, de maldad: llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidad, chismosos, murmuradores, aborrecedores de Dios, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes á sus padres, necios, inmodestos, malévolos, sin fe, sin misericordia. Los que habiendo conocido la justicia de Dios, no entendieron que los que tales cosas hacen, son dignos de muerte, como tambien los que consienten á los que las hacen» (1).

Los que meditaban sériamente sobre el estado del género humano, y levantándose en su pensamiento á la idea de un destino superior para el hombre, ansiaban el remedio, se veian en la necesidad de confesar que solo del cielo podía venir, y que hasta que esto sucediese no saldria el género humano del desorden y de la corrupcion que le arrastraba á la total ruina.

Y del cielo vino el remedio. El Verbo se hizo carne y habitó con nosotros (2), semejante en todo á los hombres menos en el pecado (3). Escogió para si la pobreza, la humillacion, el trabajo, la Cruz (4), y enseñó á los hombres dónde está la verdadera base de felicidad, y el término de ella en su plenitud, diciéndoles: «aprended de mi (5): os he dado ejemplo para que hagais vosotros lo que yo he hecho (6): seguidme y no

(1) Id. id. 25.

(2) 2. Pet. I. 10.

(3) Rom. VIII. 29.

(4) Id. XIII. 14.

(5) Id. XII. 2.

(6) I. Joann. II. 16.

(1) Rom. I. 28. 32.

(2) Joann. I. 14.

(3) Heb. IV. 15.

(4) Id. XII. 24.

(5) Matth. XI. 15.

(6) Joann. XIII. 15.

andareis en tinieblas, porque yo soy la luz del mundo (1), y he venido á dar testimonio de la verdad (2), para que los hombres tengan vida y vida más abundante (3). Este es el camino; andad por él sin desviaros á la derecha, ni á la siniestra (4); el que me siga, estará donde yo estoy (5): el que venciere sus pasiones, se sentará conmigo en el reino y en el trono de mi Padre (6).

Era necesaria la expiacion del pecado, y le expió en su carne para reconciliar el cielo con la tierra (7) era necesario un auxilio superior, la gracia que es luz, fuerza y vida para el alma, y abrió su corazon donde está la plenitud de ella, y que es el manantial inagotable de donde se deriva, para que de su plenitud recibamos todos (8). Era necesario que viviésemos de su espíritu, renaciendo sobrenaturalmente, y prometió, y envió al Espíritu Santo (9), y nos incorporó así injertándonos de si mismo en el bautismo (10), y nos estrechó más dándonos á comer y á beber en admirable Sacramento su cuerpo y su sangre, para estar él en nosotros y nosotros en él, á fin de que vivamos por él, como él vive por el Padre (11).

El sacrificio de Jesus salvó al mundo; su gracia le renovó; su doctrina y su ejemplo trazó el camino de

la humanidad para llegar á su destino sublime; su Iglesia perpetúa la obra. El hombre se sintió renovado, y se regeneró la familia, y la sociedad entera avergonzada de sus antiguos delirios, y de su degradante corrupcion, se arrojó en los brazos de Jesucristo, que le comunicó su espíritu para restaurarla cumplidamente, amoldándola al Evangelio que es la luz del individuo, la regla de la familia, y la ley de la sociedad: ley del que manda y del que obedece; ley del que goza y del que sufre; ley de todos y de todo tiempo, «que ha creado una admirable conciencia pública, rica de sublimes máximas morales, de reglas de justicia y de equidad, y de sentimientos de pundonor y de decoro: conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada, y que no consiente que el descaro de la corrupcion llegue al exceso de los antiguos (1).»

Contra esa obra divina se ha conjurado la soberbia humana, excitada por el soplo del maligno, que allá en el paraíso sedujo á la mujer, y alejó de Dios al hombre, é inoculó en su corazon la venenosa sávia de aquellas tres concupiscencias que produjeron los frutos de desórden y corrupcion moral y social. Separar de Jesucristo al individuo, á la familia y á la sociedad, alejarlos de Dios, destruir la Iglesia, extinguir la luz de la fe católica, sustituir á la moral del Evangelio la ley de las pasiones condensada en aquellas palabras, «*concupiscencia de carne, concupiscencia de ojos, soberbia de vida,*» para que

(1) Id. VIII. 12.

(2) Id. XVIII. 37.

(3) Id. X. 10.

(4) Isai. XXX. 21.

(5) Joann. XII. 26.

(6) Apoc. XIII. 21.

(7) Coloss. I. 20.

(8) Joann. I. 16.

(9) Joann. XVI. 7. Act. II. 4.

(10) Coloss. II. 7.

(11) Joann. VI. 58.

(1) Balmes: *El Protestantismo*. Cap. 20.

retroceda el género humano al paganismo, sin dejar por ello de llamar progreso á este degradante retroceso; este es el empeño de la conjuración satánica que tiende sus redes por toda la tierra, y que más ó menos ejerce su fatal influjo en todos los pueblos y en todas las clases. Se dice á Dios: «apártate de nosotros; no queremos la ciencia de tus caminos» (1); se dice de Jesucristo: «no queremos que reine este sobre nosotros» (2); y por la persecución manifiesta, ó por la insidiosa hipocresía se quiere á todo trance que desaparezca de la tierra todo cuanto pertenece á la religión católica.

Esto ve, amados en el Señor, y esto lamenta, en su Encíclica el Padre común de los fieles, describiendo el estado de la sociedad moderna, para que sus hijos se aperciban, y comprendan á dónde se les quiere llevar con infernal astucia. «La mayor parte de los hombres, dice, olvidados de su origen y destino, tienen todo su cuidado y pensamientos clavados en estos fútiles y pasajeros bienes; y haciendo fuerza á la naturaleza y perturbando el orden, son de su voluntad esclavos de aquellas cosas, de que la razón misma clama que debe enseñorearse el hombre. Y como al apetito de las comodidades y delicias no puede menos de acompañar el deseo de los medios apropósito para alcanzarlas, nace de aquí la codicia desenfrenada del dinero, que á cuantos en sus garras coge vuelve ciegos, y lánzase

(1) Job. XXI. 14.

(2) Luc. XIX. 14.

*UVA. BHSC. LEG*

»como impulsada de un interno fuego tras de todo lo que puede saciar sus deseos, sin hacer muchas veces diferencia entre lo justo y lo que no lo es, é insultando no pocas y haciendo ascos á la miseria ajena...» Vienen «después los halagos de los vicios y los perniciosos incentivos de pecado: que tales juzgamos ser las representaciones escénicas saturadas de impiedad y libertinaje; los libros y periódicos compuestos para hacer burla de la virtud y honrar el vicio; las artes mismas que para las necesidades de la vida y honesto deleite se inventaron, forzadas ahora á servir de cebo á las pasiones...» Nuevas semillas de males se van á la continua depositando en el seno de la juventud. Conocida es la condición de las escuelas públicas: en ellas no se deja ya lugar alguno á la autoridad eclesiástica, y las más de las veces cuando con más empeño y asiduidad se deberían ir formando al cumplimiento de los deberes cristianos las almas todavía muy tiernas de los niños, nada se les dice de los mandamientos de la Religión. Y aun es mayor el peligro que corren los mayores, que consiste en enseñárseles una doctrina mala... porque en el ejercicio de la enseñanza prefieren muchos filosofar llevando por guía solo á su razón, y dando completamente de mano á la fe divina, y quitado este cimiento principalísimo y apagada esta abundantísima luz, yerran en muchas cosas, y no ven la verdad. Y así afirman que cuanto hay en este mundo todo es materia, que es uno mismo el origen é igual la naturaleza del

»hombre y de las bestias... dudan si  
»Dios existe, ó no; ó acerca de su na-  
»turaleza yerran como los gentiles,  
»pésimamente; siguiéndose necesa-  
»riamente la perversion de la idea y  
»forma de la virtud, del derecho y del  
»deber. Corrompida así el alma con  
»la doctrina, apodérase juntamente  
»de ella, y como que se le infiltra en  
»la sangre de las venas y en la mé-  
»dula de los huesos, la corrupcion de  
»las costumbres.»

¡Cuánto aflige al buen Padre ese espectáculo de los pueblos que marchan hácia un abismo de males sin cuento! Cuántos esfuerzos viene haciendo desde su elevacion al Pontificado, como dice él mismo, para «exponer principalmente aquellos puntos de doctrina que más oportunos y más convenientes al bien público le parecían, á fin de que conociendo la verdad, eviten todos vigilantes y cautos el hálito pestífero de los errores.» Á este mismo fin endereza ahora cuanto dice en la Encíclica, exhortando á todos á volver sinceramente á la vida cristiana.

Lo que fué remedio para los males del género humano cuando le redimió y adoctrinó Jesucristo, puede serlo y lo será indudablemente siempre: mas aun, no hay salvacion sin él (1). Es el fundamento fuera del cual no puede ponerse otro (2). Su redencion es eterna (3): su doctrina no envejece; el cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán (4), y sus palabras son espíritu y vida (5).

(1) Act. IV. 12.

(2) Cor. III. 11.

(3) Heb. IX. 12.—X. 14.

(4) Marc. XIII. 31.

(5) Joann. VI. 24.

Su influjo por la gracia no se aminora; porque Jesucristo es de ayer, y de hoy y de todos los siglos (1): con nosotros está hasta la consumacion de los tiempos (2).

Como en el principio fueron los individuos y las familias los que iniciaron la obra de regeneracion ordenando su vida por la doctrina y los ejemplos del Hombre-Dios, y dilatándose progresivamente su accion, aun antes que los imperantes fuesen cristianos, lograron hacer sentir la influencia salvadora de la Religion á todas las instituciones; así ahora debemos, amados en el Señor, procurarlo cada uno en su esfera de accion.—No basta lamentar y conversar sobre los males que sentimos y los que tememos. Es un deber apremiante tratar primero de eximirse cada uno del influjo corruptor del mal, y trabajar despues en extender la influencia del bien con la palabra y con el ejemplo sobre todo. Es preciso además no hacer la distincion, que hacen no pocos, entre la vida privada y la vida pública, eximiéndose en esta de las reglas que la doctrina católica establece para la direccion de nuestras acciones y costumbres. No hay una fe, y una moral para la vida particular y doméstica, y otra para la gestion de los negocios en el desempeño de cargos sociales: para una y otra es maestro y modelo Jesucristo: los actos todos de una y otra juzgará en su dia.

El remedio, pues, está al alcance de todos: vivir cristianamente; pensar, hablar y obrar siempre y en todo

(1) Heb. XIII. 8.

(2) Matth. XXVIII. 20.

segun el espíritu cristiano; ser cristianos de corazón y de obra para que la vida de Jesús aparezca en nosotros (1), cualquiera que sea la posición en que nos coloque la providencia. «En esto está el remedio de los males, á saber, en que, mudando de consejo, vuelvan el público y los particulares á Jesucristo, y al modo de vivir cristiano.»

«Ahora bien, continúa diciendo nuestro Santo Padre: la suma y lo principal de la vida cristiana es que no se ha de condescender con las costumbres corrompidas del siglo, sino constantemente rechazarlas y resistirlas. Esto declaran los dichos y hechos todos del *Autor de la fe* y *Consumador* Jesús (2); esto sus leyes y ordenaciones; esto su vida y su muerte..... Por tanto esto es lo primero que han de ver los hombres, y entender cuán ageno es de la profesión del nombre cristiano andar, como es costumbre, tras los placeres de cualquier clase que sean, y ceder horrorizados ante el trabajo que acompaña á la virtud, y nada negarse de lo que suavemente halaga los sentidos. *Los que son de Cristo crucificaron la carne con sus vicios y concupiscencias* (3); de donde se sigue que no son de Cristo aquellos, en quienes no hay con el desprecio de los placeres muelles y delicados el ejercicio y costumbre de padecer. Porque revivió el hombre á la esperanza de bienes inmortales de que había caído; pero estos bie-

nes no los puede conseguir sino esforzándose en caminar sobre las huellas mismas de Cristo, y con la meditación de sus ejemplos, conformando á ellos su mente y sus costumbres. No es, pues, consejo, sino obligación, ni solo de aquellos que aspiran á un género de vida más perfecta, sino de todos absolutamente, *traer cada uno en su cuerpo la mortificación de Jesús* (1)..... Por tanto, ya que impera la desvergüenza de la liviandad, es menester que cada uno se defienda varonilmente de los halagos de la lujuria; y ya que por todas partes se hace tan insolente ostentación de gozar de la abundancia y las riquezas, preciso es armar nuestro ánimo contra los costosos incentivos de la opulencia, para que no pierda el tesoro que no ha de faltar en los cielos, yéndose tras de esos que se llaman bienes, que no pueden hartar al alma y han de desaparecer en breve...» «Frecuentemente se deplora que es nuestro siglo estéril en varones esforzados. Renuévense las costumbres cristianas; con ellas se restituirá á los caracteres el peso y la constancia.»

Hemos transcrito algunos de los consejos y reflexiones del Sumo Pontífice en su Encíclica, para estimularos más y más, amados en el Señor, á leer y meditar ese precioso documento de su celo por las almas, y para que fijándoos en lo copiado cuando menos, aprovecheis el tiempo santo de Cuaresma á fin de entrar dentro de vosotros mismos, y resol-

(1) 2. Cor. IV. 12.

(2) Art. IV. 12.

(3) Gal. V. 24.

(1) 2. Cor. IV. 10.

veros á la enmienda de la vida segun el espíritu de Cristo.

Necesitamos auxilios superiores para alcanzar la victoria contra el mundo y contra nuestras pasiones. Esos auxilios no faltarán si con sincera voluntad nos resolvemos á trabajar en el negocio de nuestra salvacion. La victoria que vence al mundo es nuestra fe, dice S. Juan (1). De esta virtud divina se engendra en nosotros el espíritu de oracion, y la oracion á su vez alimenta la fe en el corazon. Oremos, pues, nos dice el Santo Padre. «Sea sagrada para todos la costumbre de orar; oren el entendimiento, la voluntad y la lengua; y juntamente concuerde con la oracion la vida, para que esta sea por la gracia de las divinas leyes, un perpétuo subir hácia Dios.»

No nos detenga el respeto humano: se trata de un negocio importantísimo; la paz de la conciencia, que es la tranquilidad del órden en la tierra, la felicidad sin fin en el cielo. No nos arredre el ver que la mayor parte no lo hace: Jesucristo nos dice: Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y muchos son los que entran por él (2). Esa puerta estrecha es la mortificacion de cuanto halaga á las pasiones y apetitos: el camino espacioso es aquel del cual dice el Sabio, que al hombre le parece recto, y sus postrimerías llevan á la muerte (3). Se trata de un negocio personalísimo: ante el supremo juez ni nos servirá de excusa lo

que otros hicieron, ni de perjuicio lo que dejaron de hacer. No dejemos para más adelante el poner por obra lo que hoy entendemos: el tiempo no está en nuestra mano. «Si hoy llega á vosotros la voz del Señor, no queráis endurecer vuestros corazones, nos dice David (1): aun hay en vosotros un poco de luz; andad mientras la teneis, porque no os sorprendan las tinieblas (2) en la noche de la muerte porque entonces nada podreis, (3) y á cualquier lado que caiga el árbol, al aquilon, ó al mediodia, allí quedará para siempre (4).

Como el Santo Padre termina su Encíclica, así tambien terminamos Nos exhortándoos á vosotros, amados cooperadores en el ministerio de las almas, á ser los primeros en procurar que nada en vuestra conducta desdiga del carácter sagrado que hemos recibido; á que vivamos y obremos de manera que seamos reputados ministros de Cristo (5) no solo por el carácter de la Ordenacion, y por la dispensacion de los misterios de Dios, sino por nuestra vida que nos haga aparecer otros Cristos, y por el celo con que nos esforcemos en atraerle las almas todas para que, como él quiere, tengan vida y vida más abundante (6).

Recuérdanos el amado Pontífice las palabras del Hijo de Dios: «Brille vuestra luz delante de los hombres» para que vean buenas obras (7).

(1) I. Joann. V. 4.  
(2) Matth. VII. 13.  
(3) Prov. XVI. 25.

(1) Ps. XCIV. 8.  
(2) Joann. XII. 35.  
(3) Joann. IX. 4.  
(4) Eccles. XI. 3.  
(5) 1. Cor. IV. 1.  
(6) Joann. X. 10.  
(7) Matth. V. 16.

»Sentencia divina, cuyo sentido ciertamente es que en los Sacerdotes debe ser tan acabada y perfecta la virtud, que se puedan ofrecer como espejo á los que los miran,» y les sea dado decir á los fieles lo que escribía S. Pablo: «sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo (1).» Grabemos en nuestros corazones estas palabras para que nos sirvan de norma todos los días de nuestra vida, y especialmente en el periodo santo de la Cuaresma, en el cual con más empeño debemos consagrarnos á la más divina entre las obras divinas, á la que atrajo del cielo á la tierra al Hijo de Dios, á la salvación de las almas.

Creced todos, hermanos é hijos amadísimos, en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2), y el Dios de la esperanza os colme de todo gozo y de paz en el creer para que abundeis en es-

(1) 1. Cor. IV. 16.

(2) Petri. III. 18.

peranza y en la virtud del Espíritu Santo (1). Recibid en testimonio de nuestro afecto y sincero deseo de vuestro verdadero bien la bendición que os damos en el nombre del Padre †, y del Hijo †, y del Espíritu † Santo.

Valladolid 24 de Febrero de 1889.



† **BENITO,**  
Arzobispo de Valladolid.

POR MANDADO DE S. E. I  
*Dr. José Mesequet*  
SECRETARIO.

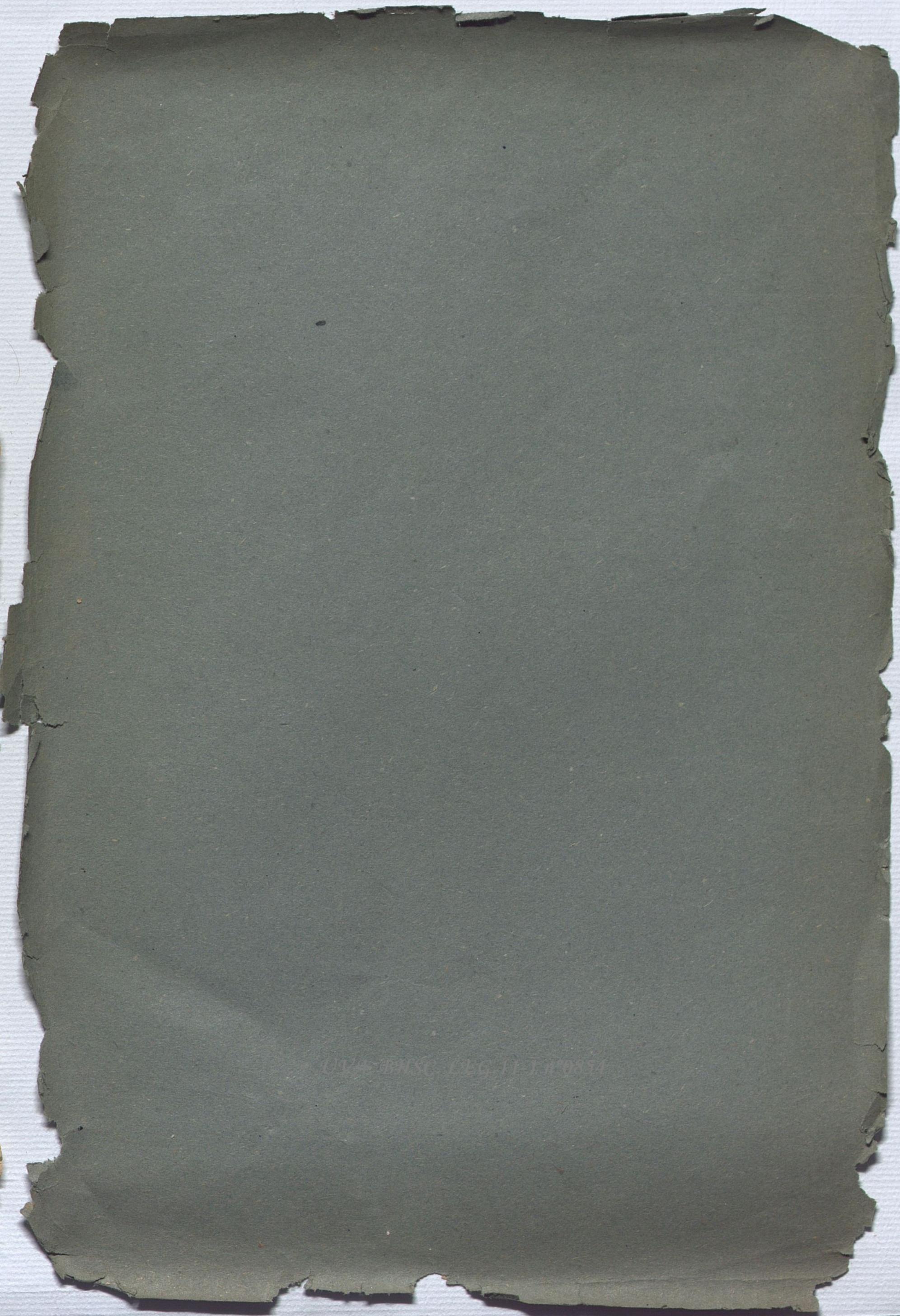
(1) Rom. XV. 13.



*UVA. BHSC. LEG. 11-1 n°0854*

*UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0854*

*UVA. BHSC. LEG.11-1 n°0854*



UVA. BHS. LEG. II-1-nº0854